El cuerpo, ritual fisiológico

El sufrimiento en César Vallejo no tiene una causalidad que nos aclare su significación, al menos eso se ha dicho y así lo ha dejado expresado el poeta mismo. Vallejo sufre solamente, más abajo de sí mismo, de un sufrimiento «que no tuvo causa ni carece de causa»; es más, «si la vida fuese, en fin, de otro modo, mi dolor sería igual». El sufrimiento que manifiesta Vallejo en sus poemas está, pues, relacionado con la conciencia de la vida. Creo que no habría dudado mucho en aceptar la crítica de la esperanza de Cioran, ya que el inconveniente de haber nacido es, en parte, la rémora que contagia gran parte de su poesía. Vallejo habría seguido sufriendo aunque no le hubiera ocurrido nada: la muerte de su madre, la cárcel padecida en Perú, la Guerra Civil española sólo fueron barrenos que le hicieron penetrar en un sufrimiento mineral en el que él estaba llamado a ahondar. Juan Larrea, el excéntrico y a veces clarificador crítico, escribe en la introducción a la *Poesía Completa* (Barral, 1978),[1] lo siguiente: «Si para él, "sólo el absurdo es puro", según declara en *Trilce,* LXXIII, es por sentir que únicamente en un campo eximido de la mezquina vivencia ambiental podrían sus ansiedades aquietarse y sus apetencias complacerse. Sólo lo que es o parece ser imposible por hallarse fuera de la razón, da testimonio, desde los tiempos de Tertuliano, de la realidad divina, es decir, corresponde al dominio de la superrealidad donde la imaginación vallejiana propende a satisfacer su ambición de sentirse algo más que hombre». Ciertamente, para Vallejo la condición humana es demasiado primaria, desde las vicisitudes sociales a la existencia misma del cuerpo. Pocos escritores de lengua española han vivido tan desesperadamente con su propia fisiología. Me atrevería a decir que para Vallejo el cuerpo es un lastre que le recuerda demasiado nuestra naturaleza zoológica («sufrir del antropoide», «pobre mono», «desgraciado mono», etc.). De esta disyuntiva entre su deseo absoluto y la presencia del cuerpo surge una continua crítica de lo carnal:

> Amor, ven sin carne, de un icor que asombre;
> y que yo, a manera de Dios, sea el hombre
> que ama y engendra sin sensual placer!
>
> (de *Los heraldos negros)*

Aunque parezca el título de un folletín teológico sentimental, y parcial en cuanto a definición, la obra de Vallejo podría llamarse «El alma que sufrió de ser su cuerpo». No hay en la poesía del poeta peruano cuerpo desnudo, sí fisiología, ritual fisiológico: huesos, órganos, cartílagos. Ritual sin exaltación, sí celebración: Vallejo se complace en

[1] *Todas las citas se hacen por esta edición.*

Antonio López: *Hombre y mujer* (Escultura en madera)

la separación de las partes para así restarle significado. En su etapa más ortodoxamente cristiana, describe de esta forma tan tremenda y escalofriante un beso:

> Amada, en esta noche tú te has crucificado
> sobre los dos maderos curvados de mi beso.
>
> (de *Los heraldos negros)*

Al igual que Mallarmé, Vallejo podría haber afirmado que la carne es triste, y si cambiamos carne por barro lo encontramos en «Amor prohibido»: «mi barro triste», o en «Los dados eternos» (título inspirado en Mallarmé): «pobre barro pensativo». Para justificar algo más la afirmación de que Vallejo siente que la carne es triste y la existencia un inconveniente, citaré unos versos pertenecientes al mismo libro, *Los heraldos negros* (1919):

> Hasta cuándo este valle de lágrimas, a donde
> yo nunca dije que me trajeran.

Este inconveniente del cuerpo, su animalidad, se transforma en ritual designificativo. Para Vallejo los huesos se ponen como un traje («los húmeros me he puesto»), y traje y fisiología forman parte de un vivir ridículo en ocasiones, y en otras sombrío. Por un lado, el más determinante, lo que socava el sentido de la realidad es la muerte: es la gran dinamitadora, la que penetra por las más finas rendijas de la esperanza y hace estallar cualquier atisbo de placer, de gusto por la vida. En un poema de *Trilce* (XI), escribe sobre una joven:

> (...) Hoy, al tocarle
> el talle, mis manos han entrado en su edad
> como por un par de rebocados sepulcros.

No toca la carne, sino lo que ésta tiene de presencia de la muerte; no el presente del cuerpo sino lo que habrá de ser el cuerpo cuando ya no sea. Vallejo toca el cuerpo no donde está sino en su reverso: su no presencia convertida en fragmento no erótico. Otro poema de *Trilce,* el XIII, creo que ilumina en parte esto que digo ampliando a su vez el problema.

> Pienso en tu sexo, surco más prolífico
> y armonioso que el vientre de la Sombra,
> aunque la Muerte concibe y pare
> de Dios mismo.
> Oh Conciencia,
> pienso, sí, en el bruto libre
> que goza donde quiere, donde puede.

El pensamiento sobre el (o el deseo del) sexo femenino le hace pensar inmediatamente en la muerte comparando positivamente para el primero su prolifidad y armonía. Recordaré de pasada que en otro poema del mismo libro (el XXX) califica al sexo de la mujer de «punto tan ridículo». El primer atributo está relacionado con la reproducción y el segundo con la estética, pero ninguno con el amor o el erotismo. De hecho, Vallejo lleva sin dilación el sexo a la teología, y, claro, aparece la Conciencia, con mayúscula: la conciencia de la terrible presencia de la carne. Como si se viera impelido

a una confesión, el poeta afirma que efectivamente piensa en el animal que goza sexualmente donde quiere o puede. Piensa en la sexualidad más instintiva, y el poema concluye con una palabra absurda («Odumodneurtse!») que puesta al derecho, como hace en el verso anterior, es «estruendo mudo». Si el estruendo es mudo, como estruendo carece de significado y este carecer de significado creo que está en honda relación con el poema, que comienza con la visión del sexo femenino, pasa por Dios y la Conciencia para terminar en un sin sentido.

Este finalizar en una palabra absurda no es azaroso en Vallejo y tiene que ver con su creciente conciencia de que el hombre carece de sentido en el universo, y aún más cuanto más cerca esté de su animalidad, de su cuerpo, de su fisiología. En un poema posterior se referirá al hombre como alguien con «vasos sanguíneos, tristes, de jueces colorados».

> Tienen su cabeza, su tronco, sus extremidades
> tienen su pantalón, sus dedos metacarpios y un palito.
>
> (de «Nómina de huesos»)

Esta visión es verdaderamente fantasmal, y se acentúa al decir que tiene «su pantalón», como si este vestido formara parte de su cuerpo. Este pantalón mezclado con los metacarpios y demás partes del cuerpo, nos muestra la desconexión, la dispersión que significa ser hombre. El hombre, parece decirnos Vallejo, es un montón de fragmentos absurdos, pero tiene un alma, y esto me da aun mayor tristeza: que tanto sin sentido tenga alma. En ocasiones los hombres se reducen a uno de sus fragmentos: «es un ojo éste, aquél; una frente ésta, aquélla...», sin posibilidad de ser una unidad. Sin duda alguna el hombre es para Vallejo un ser disperso, y algo más, absurdo. El anhelo de unificación parte en él del amor, y no podría ser de otro modo, pero no es un amor parcial, sino total, absoluto. Para unificar al hombre y darle sentido se necesita que toda la humanidad ame, sólo así el amor podrá hacer algo contra la muerte. Es evidente que una demanda tan extrema sólo puede encontrar respuestas negativas, y por ello cuando Vallejo afirma la vida lo hace de una manera negativa: «Me gustaría vivir siempre, así fuese de barriga»; pero vivir de barriga es vivir como uno de esos fragmentos que no tienen sentido ni pueden tenerlo.

Considerando que el hombre es «triste», «tose», «se complace en su pecho colorado», que su único hacer «es componerse de días», que «es lóbrego mamífero y se peina», «se hace buen carpintero, suda, mata», «canta, almuerza, se abotona»; considerando «que es en verdad un animal», que tiene «retrete» y «desesperación», considerando todo esto le hace una señal, el hombre viene y le abraza, emocionado, «¡Qué más da! Emocionado» (de «Nómina de huesos»). Gonzalo Sobejano llama a esta actitud irónica de Vallejo clarividencia. No sé si el término es adecuado, pero lo cierto es que pocos poetas de nuestra lengua han expresado la condición humana desde una perspectiva absurda con tanta fuerza, tan patentemente, con tanta veracidad poética. En este poema que hemos citado (y en el que encontramos los elementos que hemos ido señalando en este artículo), Vallejo se solidariza con el hombre porque sufre; la tristeza del hombre le da a Vallejo «en la cabeza», y esto último es lo que le empuja a superar —momentáneamente— aquello que le parece risible: nuestra condición zoológica y sus cos-

tumbres. Vallejo se solidariza con el hombre porque sabe que es mortal, porque nacer es vivir de la muerte.

Pero sigamos con el ritual fisiológico. ¿Logra Vallejo componer, con todos esos fragmentos un cuerpo real? Afirmo inmediatamente que no, al menos desde el sentido del poema. Lo único real en esta poesía es la sed, el hambre, la patentización de la carencia. Y esta carencia no se muestra como la mitad de un ser completo, sino, ya lo hemos repetido, como absurda. Una oreja tiene sed, un metacarpio solloza. Es naturaleza abandonada, sin remisión, sin esperanza. Es un grito callado. César Vallejo es, parece obvio, hondamente pesimista y sabe que el gran problema de la vida es la vida misma, el vivir. Al igual que Quevedo, ve en el nacimiento la sepultura, y en el vivir un crecer en la muerte:

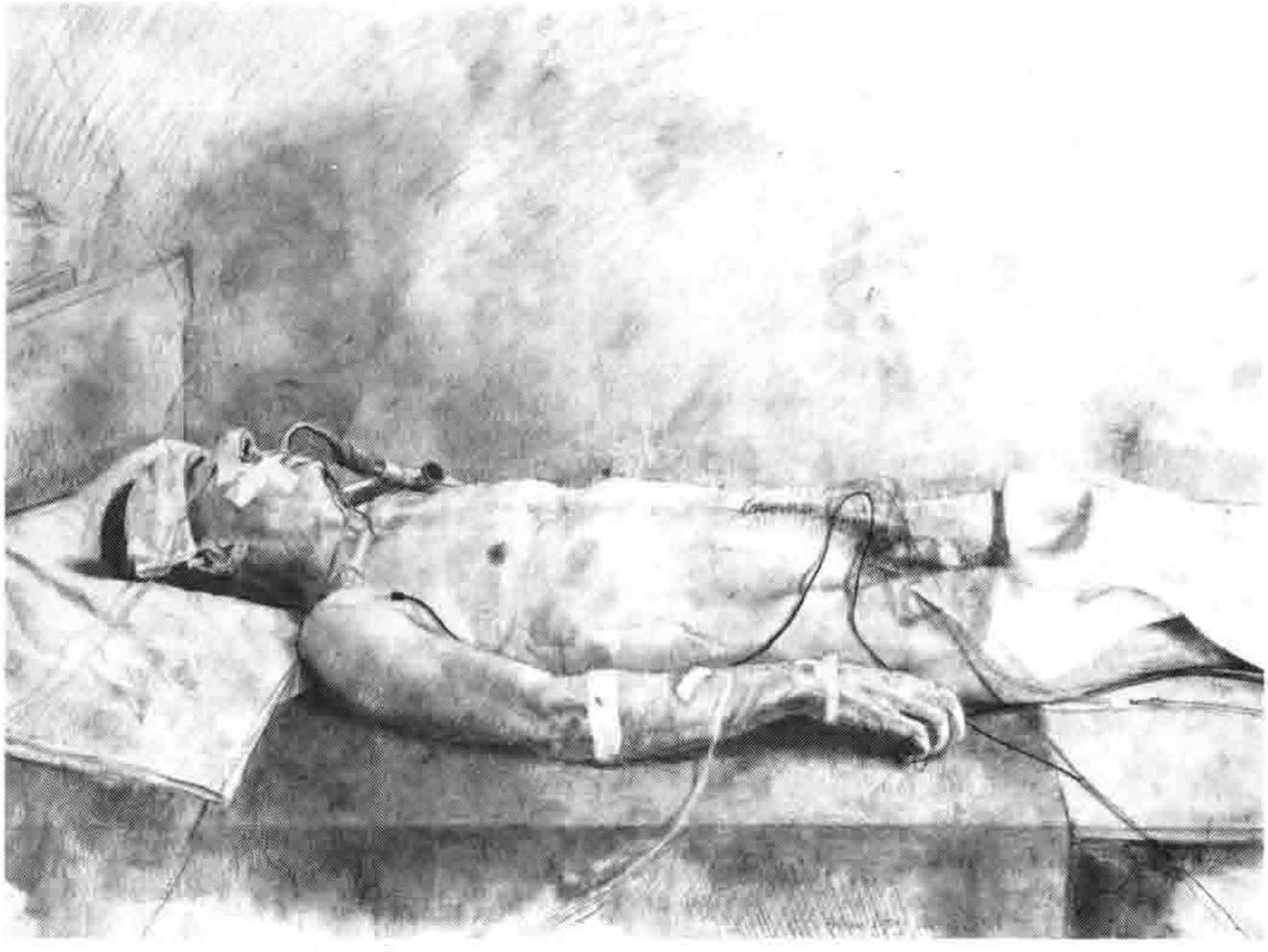
> Vasen de su piel, rascándose el sarcófago en que nacen
> y suben por su muerte en hora en hora
> y caen, a lo largo de su alfabeto gélido, hasta el suelo.
>
> (de «Sermón de la barbarie»)

Estos versos me recuerdan el mito de Icaro, su vuelo, el intento de superar la naturaleza de su condición: salir del laberinto con unas alas de cera. Como todo deseo de absoluto, en algún momento se enfrenta con una realidad insoslayable, la de nuestra relatividad. Icaro pierde sus alas y cae, como cae el hombre de Vallejo «a lo largo de su alfabeto gélido, hasta el suelo». Tal vez pueda verse en ese alfabeto el lenguaje de la poesía, un fulgor enfriado, un vuelo que no le da la vida eterna. No hay en la poesía abolición de la muerte sino instantes que valen por la eternidad. Pero esto no lo pensó nunca Vallejo, o, al menos, no lo dijo. El ansiaba lo absoluto, y ante este deseo, los actos de los hombres, su carnalidad, tienen que parecerle relativos, parciales, desconectados, ridículos. La historia, el espacio en el que se mueve el hombre, es el dominio de lo relativo. Vallejo aspiró, como hombre de acción, y como teórico, a trascender esta relatividad en una sociedad socialista, utópica y como tal en no pocas ocasiones ingenua (su lectura del marxismo no fue rigurosa y sus escritos sobre la dialéctica marxista, la misión del escritor y la revolución están llenos de contradicciones). De haber vivido algunos años más hubiera visto desmoronadas sus expectativas sociales, que él proyectaba en Rusia. Pero quizá no le hubieran sorprendido demasiado los crímenes estalinistas: su pesimismo era mineral, sabía que el hombre es un Osiris despedazado sin posible Isis que recomponga sus fragmentos. Esto es el hombre —parece decirnos— y súfrelo.

No exaltó la vida, quiso transformarla, y vio en los cuerpos la señal de la caída, un gesto ridículo y triste. No vio a la mujer sino a la madre paridora, a la madre tumba, a la madre-útero de donde nació su muerte. Siempre fue el hijo grande que salió del féretro del útero para seguir muriendo. En toda su poesía no hay un gozar de lo que somos. Vallejo estaba profundamente peleado con lo que es el hombre: temporalidad. Este tiempo que surge para desaparecer fue para él una caída. Su poesía no nos enseña a vivir ni a morir; tampoco es la misión de la poesía «enseñarnos» nada. Amaba a los hombres con un amor religioso, lo que equivale a decir con una buena dosis de abstracción. Sin embargo es un gran poeta. En su poesía nuestro idioma se trastoca y se ordena de forma distinta. Su experiencia poética es la creación de un nuevo lenguaje, y aquello

que nos muestra parece no haber existido antes. Leer a César Vallejo es asistir a unos de esos raros momentos en que la lengua extrema sus poderes. Tanto si utiliza expresiones populares como cultas, Vallejo transforma el idioma heredado en otro: en poesía. Las expresiones de todos los días se convierten en la expresión de un solo día: el tiempo del poema. Ese tiempo al que me refiero va más allá del sentido, de los conceptos y actitudes a los que aquí me he referido brevemente. Ese tiempo del poema, de la poesía de Vallejo, no es nada eterno, pero es algo real, y en él nos muestra uno de los gritos más minerales de nuestra poesía.

Juan Malpartida



Antonio López: *Hombre operado* (Dibujo, 1969)